

LA CERAMICA GRIS A TORNO DEL YACIMIENTO ORIENTALIZANTE DE MONTEMOLIN (SEVILLA)

POR

J. MANCEBO (*)
M.^a L. DE LA BANDERA (**)
J. M. GARCIA (***)

RESUMEN Este trabajo aborda el estudio de la Cerámica Gris a Torno del Poblado de Montemolín, cerámica Orientalizante que nos permite analizar el grado de contactos y relaciones que mantiene el yacimiento con el foco semita asentado en el Sur Peninsular durante los s. VII y VI a. C.

ABSTRACT This paper studies the Grey Wheel-Made Pottery from the excavated graves at the Montemolín Settlement. This Orientalizing Pottery gives us the possibility of analyzing the extent to which the site is related to the Phoenicians settled in the South of the peninsula, during the VII and VI centuries b.C.

Palabras clave Período Orientalizante. Poblado de Montemolín. Sevilla. Cerámica Gris a Torno. Tipología.

Key words Orientalizing Period. Montemolín Settlement. Sevilla. Grey Wheel-Made Pottery. Classification.

INTRODUCCION (1)

El complejo arqueológico de Montemolín está constituido por una serie de cerros (cuatro en total) habitados desde el tránsito del II al I Milenio a. C. (Fig. 1, 1).

En la actualidad, han sido excavados dos de ellos, el denominado «VICO» (sector N^o IV de Montemolín); «TELL» situado en las coordenadas 37° 18' 7" Lat. N. y 5° 20' 18" Long. W., donde se

(*) Colaborador Honorario del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla.

(**) Profesora Titular de la Universidad de Sevilla.

(***) Licenciado en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla.

(1) Para una versión más completa de la que se ofrece en esta revista (por falta de espacio), nos remitimos a la Memoria Final del Yacimiento, que se encuentra actualmente en preparación.

efectuó en 1985 un corte estratigráfico aún no concluido en su totalidad (Chaves y de la Bandera, 1988 b: 372) y el llamado «MONTEMOLIN» (sector N^o I), atendiendo al nombre del cortijo donde se encuentra este último, de coordenadas 5° 20' 6" Long. W y 37° 18' 15" Lat. N. Se efectuaron unos sondeos en las dos primeras campañas de 1980 y 1981. Fruto de ellos, fueron los primeros trabajos publicados sobre el yacimiento (Chaves y de la Bandera, 1981, *ibíd.* 1982; *ibíd.* 1984). Las tres últimas intervenciones se han dedicado al conocimiento de la planimetría y disposición urbana del poblado, fundamentalmente en su Período Orientalizante, gracias a la excavación en extensión horizontal (algunas de las conclusiones de esos trabajos, pudieron ser conocidas a lo largo de su comunicación al II *Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* de 1987).

De esta forma, y a partir de los últimos estudios practicados, ofrecemos una nueva secuencia estratigráfica que complementa las revisiones anteriores y servirá de referencia para trabajos posteriores sobre la zona:

— Fase I: Bronce Final, fechado en el s. IX a. C. por los materiales cerámicos bruñidos y toscos del fondo de cabaña excavado en la roca, detectado en el sondeo de 1981.

— Fase II: Bronce Final Precolonial del s. VIII a. C., relacionado con una estructura circular documentada en la campaña de 1987 bajo el «Edificio A».

— Fase III: Período Orientalizante de Montemolín:

A. S. VII a. C. Período de ocupación de los «Edificios A», «B», y parte del «C». Sus materiales continúan la tradición anterior en sus cerámicas a mano, y surgen nuevos tipos a torno como las grises, pintadas figurativas o de barniz rojo.

B. Primera mitad del s. VI a. C. Ocupación del nuevo «Edificio D» y final del «C». Predominio de las cerámicas pintadas figurativas orientalizantes.

Subfase de Transición III/B-IV. Mediados del s. VI a. C. Marca el final de la utilización del «Edificio D» en el Orientalizante Pleno, constatado por un nivel de incendio, y el comienzo de las refacciones de este edificio.

— Fase IV: Segunda mitad del s. VI inicios del s. V a. C., marca el Período Protoibérico del yacimiento, acoge las últimas refacciones del «Edificio D», y de las cerámicas grises, siendo más numerosos los fragmentos pintados y comunes a torno.

— Fase V: S. V-III a. C. Ocupación de estructuras ibéricas.

Con el estudio de estas cerámicas grises pretendemos llenar un vacío en los trabajos tipológicos del momento orientalizante del yacimiento, atendiendo a materiales con suficiente entidad como para dar una muestra de la importancia del poblado y su integración en la corriente de influencias y contactos con las nuevas ideas procedentes del Mediterráneo.

EL MOMENTO ORIENTALIZANTE EN MONTEMOLIN

Tras los primeros sondeos, se acometió la excavación en horizontal del yacimiento, con la que se ha pretendido dar un paso más en el conocimiento urbanístico de estos poblados, de los que, desgraciadamente, sólo conocemos sondeos y cortes estratigráficos en su mayoría, que no permiten ver el desarrollo poblacional de estos centros (2).

(2) Sondeos en La Mesa de Setefilla (Aubet et alii, 1983), El Cerro Macareno (Pellicer et alii, 1983) o Los Quemados (Luzón y Ruiz, 1973) por poner sólo unos ejemplos.

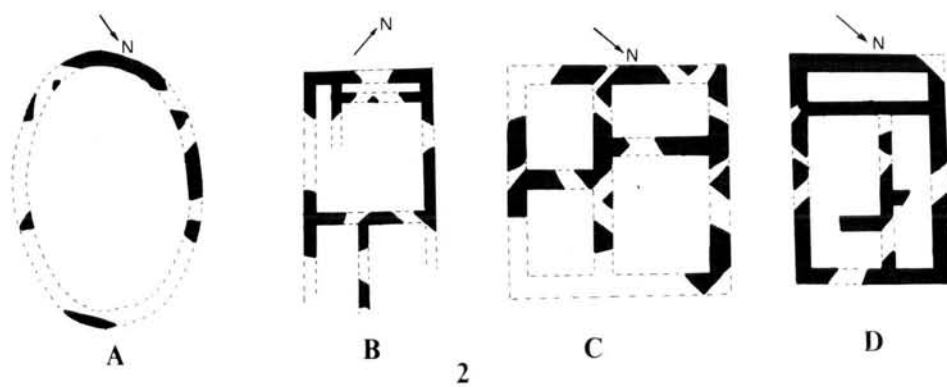
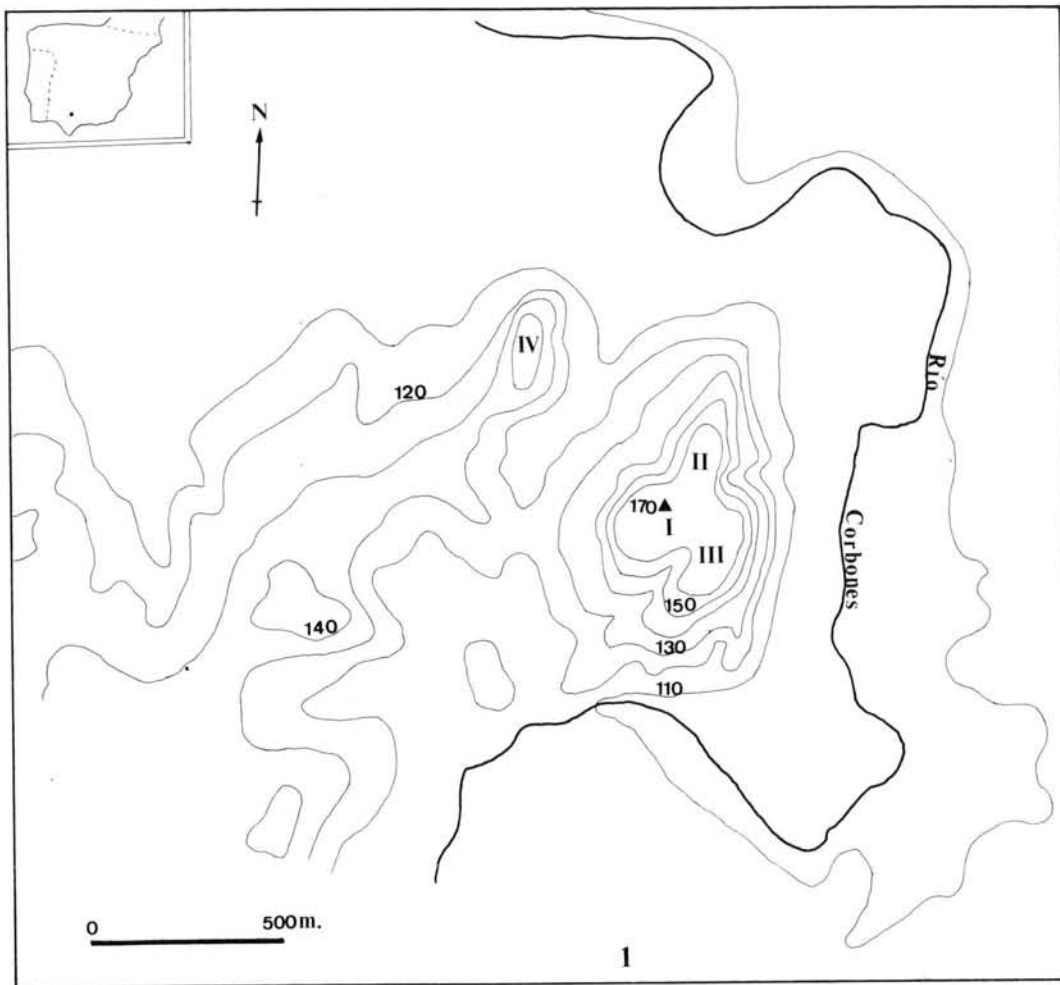


FIG. 1.1.—Conjunto Arqueológico de Montemolín. Localización de sectores. 2.—Planta de las estructuras del Sector nº I.

T. P., 1992, nº 49

Este período abarca eminentemente la fase III del yacimiento y en su identificación se han centrado los últimos trabajos de campo en el sector N^o I del poblado. Su ocupación, en este momento, se ve reflejada por la aparición de unas estructuras arquitectónicas de construcción y orientación variadas (Figs. 1 y 2):

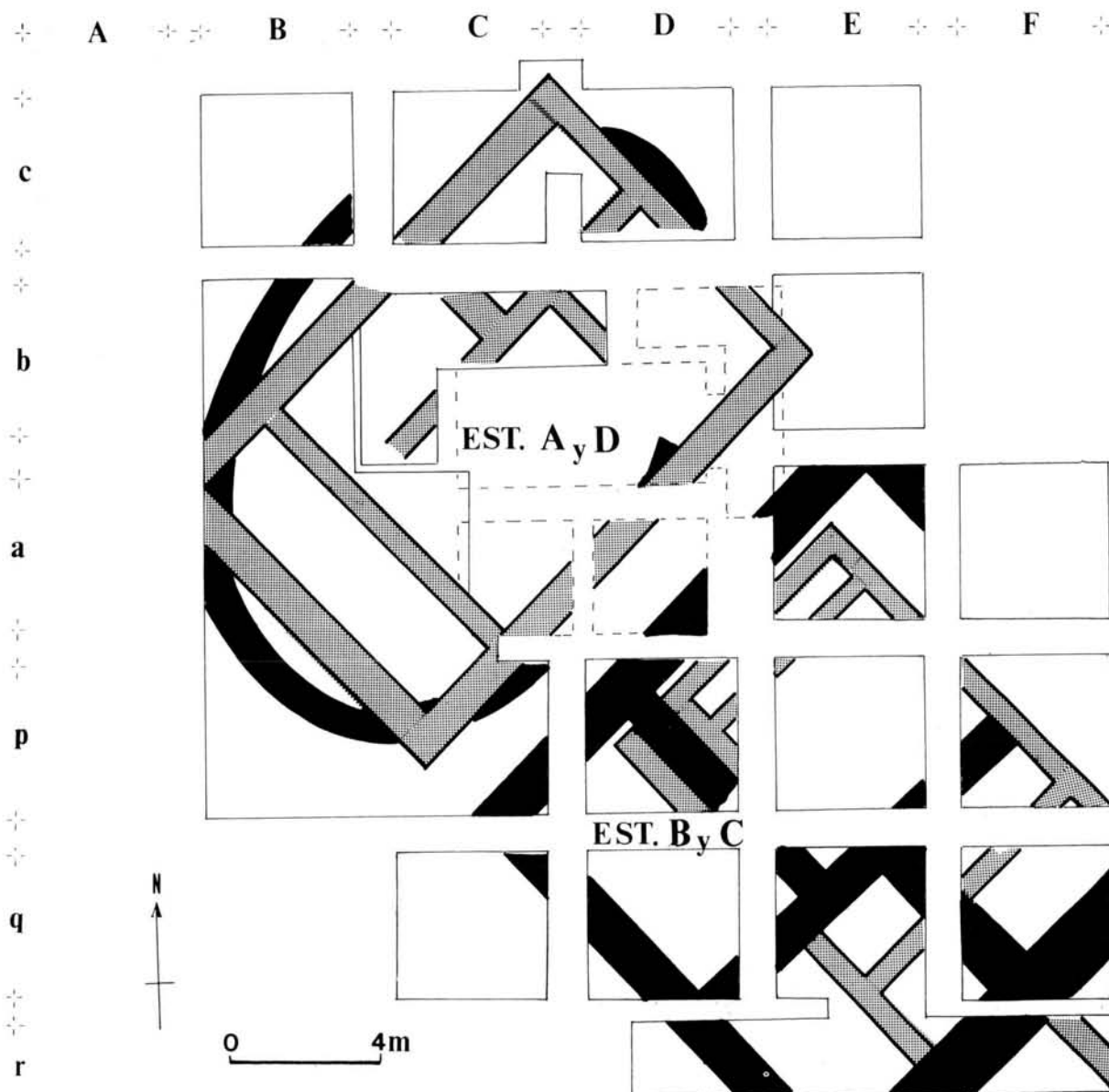


FIG. 2.—Plano esquemático de la disposición de las estructuras orientalizantes documentadas en el Sector nº I de Montemolín.

— El denominado como «Edificio B», de planta rectangular, sería el más antiguo de esta fase, con una base de piedras menudas sobre la que se alzan sus paredes de adobe formando esquinas en ángulo recto. Se encuentra en la zona SE. del yacimiento y presenta una orientación NW-SE. Destacan los cuencos bruñidos, cerámicas toscas a mano, y alguna pintada con decoración de molinetes. Su fundación se da en el tránsito del s. VIII al VII a. C. (paralelos en Mezquitilla), y su destrucción a mediados del s. VII a. C. para la construcción de otro edificio que se le superpondrá (Chaves y de la Bandera, 1991: 706).

— En el sector NW, contamos con el «Edificio A» de planta oval y orientación perpendicular al «B». Su construcción es algo posterior a la estructura ya mencionada. El acceso a este edificio se practicaba por el NE, y se refiere a una construcción de paredes de tapial sobre zócalos de piedra y banco también de tapial corrido en su cabecera (Chaves y de la Bandera, 1988: 373).

Entre sus materiales destacan cerámicas de tradición indígena del Bronce Final, como las bruñidas, y otras producciones a torno como ánforas de saco o del tipo Cruz del Negro, que nos sitúan su ocupación desde los inicios del s. VII a principios del VI a. C. (Chaves y de la Bandera, 1991: 703).

— Tras la nivelación a mediados del s. VII a. C., que se efectuó sobre las ruinas del «Edificio B», se procedió a la construcción, en el mismo sitio, de otro edificio, el «C», de orientación similar al «A» con el que convive en esta Fase III A. Presenta planta cuadrada, y zócalo de piedras (a veces ciclópeas) sobre el que se levantan paredes de adobes. Entre sus materiales, siguen los de técnica bruñida, y cerámicas a torno con decoración figurativa de motivos florales o zoomorfos, con cronologías que permiten evidenciar su ocupación durante parte del s. VI a. C. (Chaves y de la Bandera, 1991: 707).

— El último edificio del que tenemos constancia en este período será el «D», de planta rectangular, y construido a base de zócalo de piedra y paredes de adobes sobre las ruinas del «Edificio A». Marca el comienzo de la fase III B del yacimiento a principios del s. VI a. C., aunque su uso perdurará en la fase IV. Presenta un poyete de adobe sobre el que estarían situadas las vasijas cerámicas (Chaves y de la Bandera, 1991: 708).

Destaca el predominio de las pintadas, con temas vegetales y zoomorfos, como los de toros y grifos pasantes entre campos de flores (Chaves y de la Bandera, 1991: 708; *ibíd.* 1988a: 375).

En definitiva, el yacimiento de Montemolín nos muestra una fase de contactos con los elementos semitas, evidenciada tanto en el uso de cerámicas fabricadas con técnicas orientales, como en la adopción de formas arquitectónicas propias de la costa siria-fenicia de los ss. VIII-VII a. C. (Chaves y de la Bandera, 1989; e.p.).

ESTADO DE LA CUESTION

La Cerámica Gris es uno de los elementos a torno, junto a las piezas de barniz rojo y vasos pintados, más característicos de las producciones cerámicas orientalizantes, no por ello exenta de polémica en cuanto al tema de su origen, cronología o técnica de fabricación, cuestiones que han sido abordadas por una serie de investigadores (Aranegui, 1975; Belén, 1976; Roos, 1982) en un intento de clarificar estos problemas.

Las consecuencias que podemos entresacar de estos trabajos se cifran en un origen oriental para estas cerámicas, centrado en la zona de Asia Menor (Villard, 1960: 51), y traídas a la Península a partir de un doble foco difusor, el semítico en la zona meridional (primeras muestras aparecidas en el contexto colonial del s. VIII a. C. en el yacimiento malagueño de Toscanos), y el factor griego en la llamada gris eolia, focea o ampuritana en el nordeste peninsular dentro ya de un s. VI a. C. (Roos, 1982: 51-52). Junto a esto, otro factor a considerar será la tradición existente en los focos culturales del Bronce Final del Sur Peninsular en la fabricación de cerámicas en ambientes reductores (las cerámicas bruñidas), que permitirán la rápida difusión de la nueva técnica del torno rápido en esta variante de la cerámica gris, tomando entre sus modelos, tanto las piezas de clara

procedencia colonial (imitación de platos de barniz rojo), como las viejas cazuelas carenadas a mano, propias de los momentos anteriores (Pérez, 1991: 30).

Con todo, este tipo cerámico no suplanta a las típicas bruñidas, que conviven con ellas hasta momentos muy tardíos en yacimientos como Montemolín (Chaves y de la Bandera, 1988a: 372).

Atendiendo a esta cerámica gris del Sur peninsular, Roos (1982: 65-70) ha distinguido cuatro fases en su desarrollo interno:

1. Primera mitad del s. VIII a. C. Primeros contactos de las poblaciones fenicias costeras con su hinterland malagueño.
2. Segunda mitad del s. VIII a. C. Comenzarán las primeras producciones locales de este tipo de cerámicas.
3. S. VII a. C. Su uso y fabricación se generaliza por todos los poblados orientalizantes, apareciendo también en sus necrópolis.
4. En el s. VI a. C. Se asiste a una transformación cultural hacia nuevos modelos que desembarcarán en un Horizonte Ibérico. En yacimientos como Cerro Macareno se aprecia la fabricación de otras especies de cerámicas grises, locales, de peor calidad que las anteriores (Pellicer et alii, 1983: 79).

TIPOLOGIA

El estudio realizado sobre las cerámicas grises aparecidas en el yacimiento de Montemolín ha permitido destacar un conjunto de cinco tipos distintos de recipientes, con una serie de subtipos y variantes. Además hay que tener en cuenta que existen fragmentos amorfos y pertenecientes a distintos tipos de fondos en estas cerámicas, pero hemos basado la tipología atendiendo tan solo a los fragmentos significativos, añadiendo, además, el conjunto perteneciente a sus tapaderas.

Tipo I. Platos (Fig. 3)

Conjunto de platos de borde convexo, dentro de los cuales se pueden distinguir seis subtipos con sus variantes:

I.A. El perfil del plato presenta carena alta suavemente marcada y el borde exvasado es de extremo redondeado. Se distingue un fragmento como variante de extremo apuntado.

I.B. En este subtipo, el borde exvasado está claramente diferenciado del resto del cuerpo por un engrosamiento convexo externo. Se da una variante de extremo redondeado más acusado.

I.C. Borde convexo estrecho, y carena alta marcada.

I.D. Presenta una carena media y borde convexo ancho. Ofrece una variante con un perfil más suave sin marcar tanto la carena.

I.E. Corresponden platos de pared inclinada y borde vuelto de labio plano. Presenta variante con pequeña acanaladura exterior diferenciando el borde del resto del cuerpo del plato.

I.F. Subtipo representado por un único ejemplar, que presenta una carena alta marcada, interior y exteriormente, y borde exvasado apuntado con serie de acanaladuras exteriores.

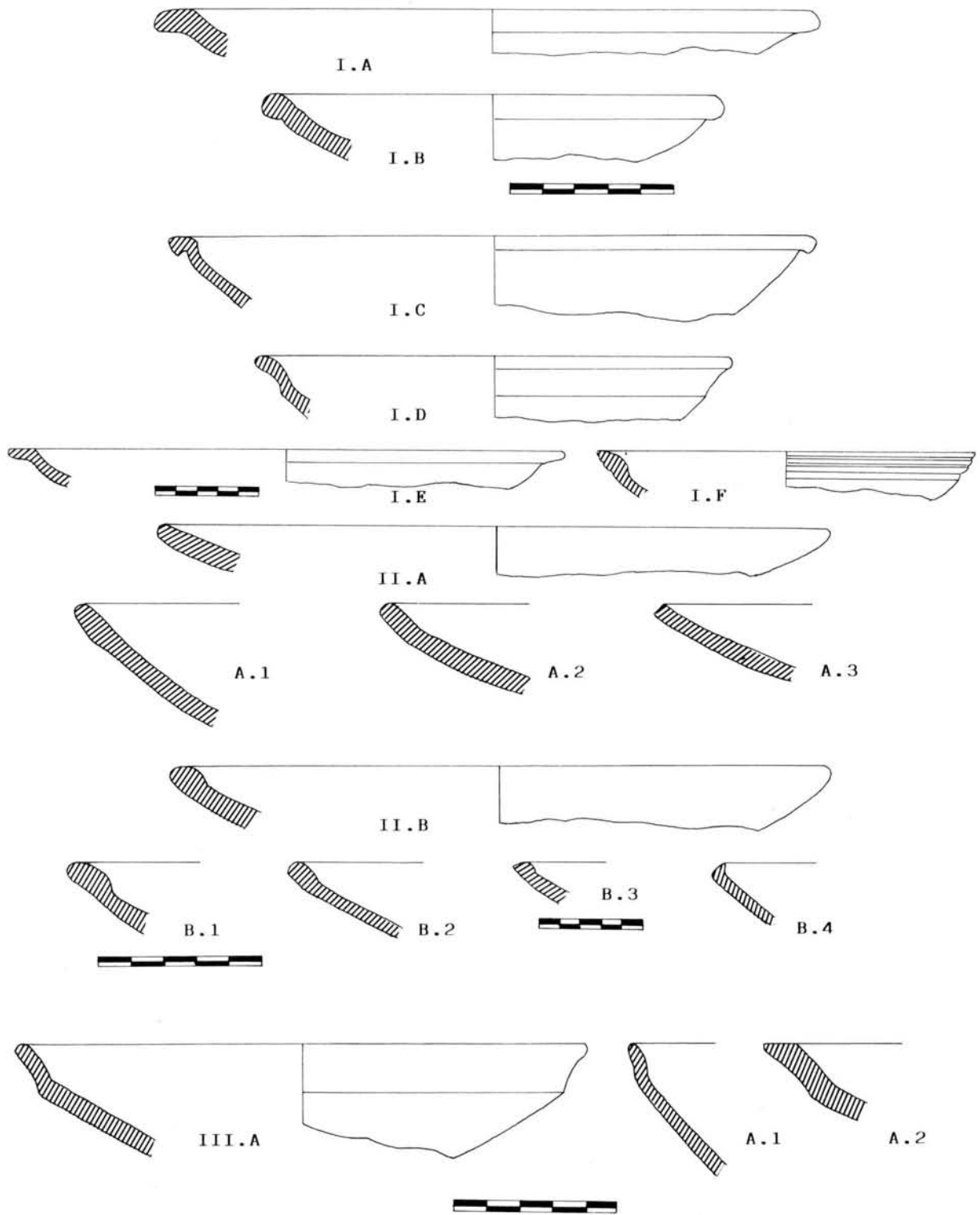


FIG. 3.—Tipología de la Cerámica Gris a Torno de Montemolín.

T. P., 1992, nº 49

Tipo II. Cuenco hemisférico (Fig. 3)

Este tipo comprende la forma más simple del plato, o cuenco de perfil hemisférico, o troncocónico con variada gama de labio, lo cual ha permitido distinguir dos tipos con algunas variantes entre ellos.

II.A. Presentan un labio redondeado, en una terminación simple. A él pertenecen un total de 25 piezas, distinguiendo tres variantes por la terminación del borde. En la variante A.1 el labio redondeado presenta un engrosamiento exterior, como queriendo iniciar una carena alta exterior. En la variante A.2 el cuenco es de labio redondeado, grueso, de pared homogénea, pero inicia en su extremo un ligero cambio de dirección, marcada al interior y al exterior. La variante A.3, sigue el perfil del prototipo pero el borde es, por el contrario, biselado al exterior.

II.B. Presenta en el borde, o labio, un engrosamiento interior muy marcado, produciendo una sección convexa al interior. En la variante B.1., el engrosamiento interno es muy marcado y redondeado, en contraste con la dirección continua de la línea de pared externa. Se puede distinguir así de la variante B.2, que presenta engrosamiento interior, pero marcado exteriormente por un cambio de dirección en la línea de pared externa. Otra variante, B.3, presenta el engrosamiento interior claramente diferenciado de la pared externa, produciéndose unión de ambas, en ángulo apuntado. Una cuarta variante, B.4, ofrece un borde engrosado de corte triangular apuntado.

Tipo III. Cuenco carenado

Presentan una carena marcada y borde ligeramente saliente. Según la disposición de la carena se distinguen dos subtipos:

III.A. Carena alta (Fig. 3) próxima al borde, que se perfila cóncavo y ligeramente saliente. Hay que señalar dos variantes: A.1, con borde de tendencia más vertical que el prototipo, y A.2, con el borde plano y abierto, así como una pared más gruesa.

III.B. Presentan una carena ligeramente más baja y con los bordes verticales. Se pueden igualmente diferenciar como variantes el B.1, cuyo borde tiende a exvasarse y la carena es ligeramente más alta que el prototipo; y la variante B.2, cuyo borde se ha rematado apuntado (Fig. 4).

Tipo IV. Cuenco de paredes rectas (Fig. 4)

Hemos incluido en este tipo unos vasos abiertos que bien pueden corresponder a cuencos carenados pero de paredes rectas y de borde indicado exteriormente, casi estrangulado. Tan sólo se cuenta con tres piezas. Debido a la escasa incidencia, y a lo escaso del fragmento, existe la duda de que igualmente pudieran corresponder a vasos cerrados. Nosotros, sin embargo nos inclinamos preferentemente por fragmentos de cuencos, no sólo por la carena sino por los diámetros de boca.

Tipo V. Vasos cerrados (Fig. 4)

Pertenecen a este tipo aquellas piezas que indican una pertenencia a vasos cerrados de cuello más o menos exvasado. Aunque su número no es elevado, un total de 11 representaciones, por las dimensiones e inclinación del cuello distinguimos:

V.A. Responde al tipo de urna de cuello corto estrangulado y borde recto saliente, con una variante, de borde vertical con pequeña acanaladura exterior.

V.B. En este conjunto, el perfil del cuello es más o menos vertical pero el borde se marca más exvasado, pudiendo llegar a ser casi horizontal.

V.C. Presenta una inclinación del cuello similar al anterior, pero el borde se delimita y marca más con un perfil triangular, o bien se alarga horizontalmente.

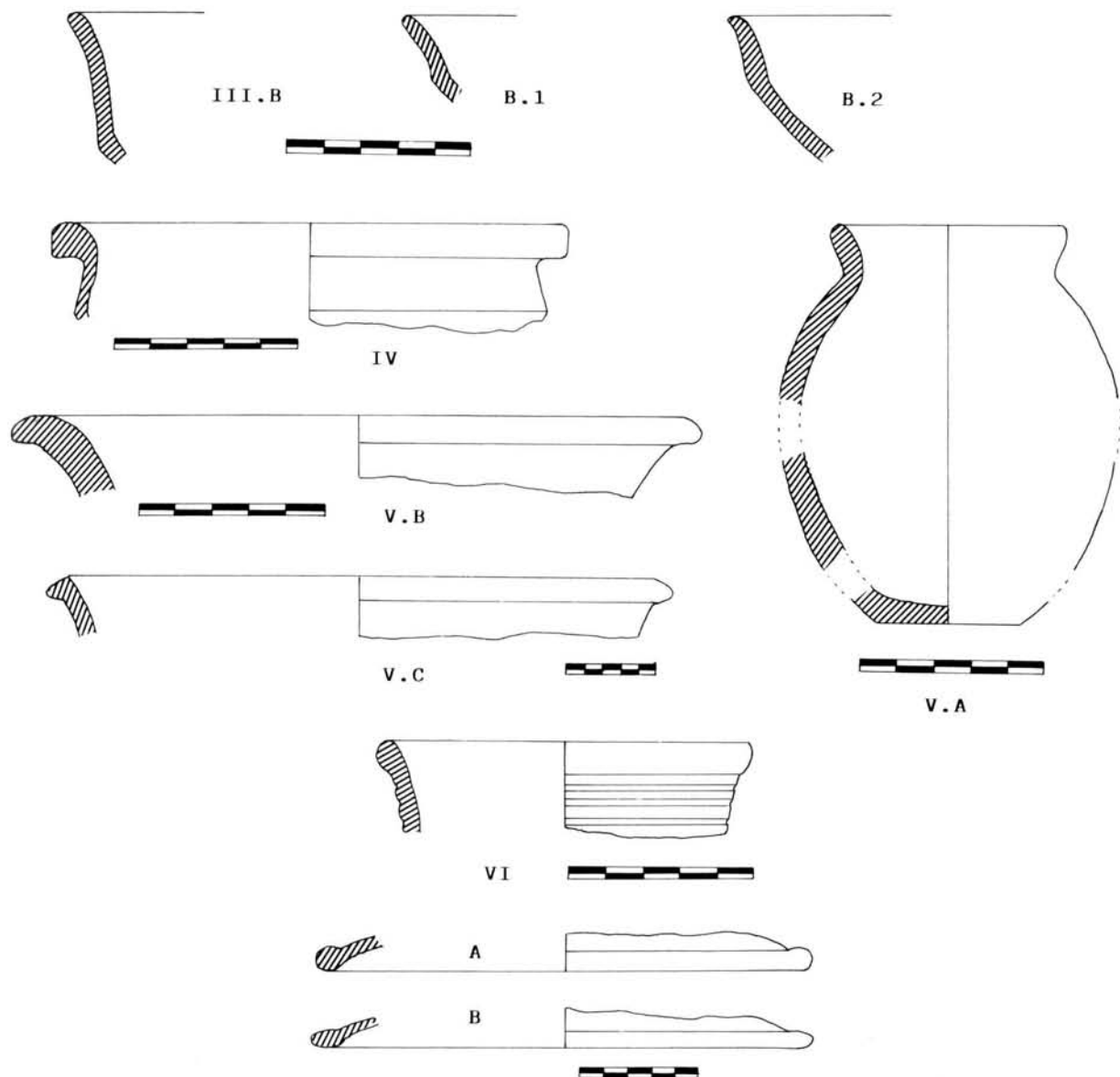


FIG. 4.—Tipología de la Cerámica Gris a Torno de Montemolín.

VI. Varios (Fig. 4)

Hemos marcado este tipo para aquellas piezas que no encajan de una manera más o menos clara en los tipos anteriores. Contamos con un fragmento cuyo perfil parece corresponder a un vaso cerrado de cuello cilíndrico (botella). En este caso, la pared externa va decorada con tres acanaladuras horizontales.

Tapaderas (Fig. 4)

Dentro del conjunto de piezas con esta función se han distinguido dos tipos:

A. aquéllos que tienen un borde engrosado de sección circular, y la zona de contacto con el cuerpo lineal (Fig. 4. A).

B. aquellas otras que tienen el borde engrosado pero de sección oval, dejando una zona plana para el cerramiento con el cuerpo del vaso (Fig. 4. B).

ESTUDIO CRITICO (Fig. 5)

Los platos del *Tipo I.A.*: Parecen corresponderse con los tipos A.2.B de Lorrio (1988-89: 291) y 3 de Roos (1982: 59).

Están presentes en yacimientos tanto coloniales, en el caso de Toscanos (Roos, 1982: 60), como en yacimientos tartésicos de la zona onubense, como Riotinto o El Aljaraque (Blanco et alii, 1970: 26; Blázquez et alii, 1969-70: Fig. 3), en estratos y fases fechados por sus excavadores entre mediados del s. VII y la primera mitad del s. VI a. C.

En Montemolín, esta forma es propia del Orientalizante Final del yacimiento (Fases III/B y IV) con cronologías centradas en el s. VI a. C. y fase de ocupación del «Edificio D», donde fueron encontradas todas las piezas.

Los platos del *Tipo I.B.*: pertenecen a un tipo característico de nuestro yacimiento, poblado donde únicamente hemos constatado su presencia, al menos en la forma tan acusada que presentan en el cuadro tipológico. Aparecen a finales del s. VII a. C., con un ejemplar recogido en el «Edificio A» en el tránsito de la Fase III/A a la III/B. El resto de las piezas pertenecen al s. VI a. C. (Fases III/B, y IV, ocupación del «Edificio D»), perdurando en el período siguiente como cerámica pintada, bajo la forma I.E de la tipología ibérica del poblado (García et alii, 1989: 222).

Los platos del *Tipo I.C.*: se corresponden con los tipos 17 A de Caro (1986: 688), A.2A de Lorrio (1988-89: 290), 1 de Roos (1982: 59) y B.5, 3 de González Prats (1983: 159). Para algunos autores como Roos (1982: 58) deriva de los platos semitas de barniz rojo, por ello, no es raro encontrarlos en yacimientos coloniales como Toscanos o Mezquitilla con altas cronologías de fines del s. VIII a. C., siendo más frecuentes en el s. VII a. C. (Caro, 1986: 692).

En el resto de los yacimientos donde aparecen, van asociados a estratos fechados en torno a los s. VII y VI a. C. sin variaciones importantes, tanto en los del área tartésica: Tumba nº 2 de La Joya (Garrido, 1970: Fig. 6), o la muralla de Tejada La Vieja (Fernández, 1987: Fig. XXIV), como en su hinterland, tanto extremeño como malagueño y levantino.

En Montemolín es típico del final del Orientalizante, dándose tanto en la Subfase III/B-IV de mediados del s. VI a. C. como en la Fase IV de la segunda mitad del s. VI a. C. Todas las piezas corresponden a la ocupación del «Edificio D».

Los platos del *Tipo I.D.*: se corresponden con el 17 B de Caro (1986: 689), A.3. de Lorrio (1988-89: 291), V y VI de Belén (1976: 370), y B.5, 1 de González Prats (1983: 156). De prototipos orientales (estratos II-III de Tiro), en la Península Ibérica surgirán a partir de los modelos realizados en barniz

rojo de los centros coloniales de Mezquitilla o Toscanos desde sus niveles inferiores (Caro, 1986: 694).

La variante D.1. de nuestra tipología, tipo 16 de Caro (1986: 676) y B. 5,1. de González Prats (1983: 156) aparece documentada en yacimientos coloniales como El Cerro del Peñón (Schubart, 1969: Lám. XXV), con cronologías del s. VIII-VII a. C. En Montemolín, tanto el tipo como su variante son propios de la primera mitad del s. VI a. C. (ocupación del «Edificio D»).

Los platos del *Tipo IE*: en el resto de yacimientos donde hemos localizado ejemplares de esta forma, suelen aparecer con asas llamadas «de espuerta», no conservadas en los escasos fragmentos recogidos en Montemolín. Pertenecerían al tipo 11 de Caro (1986: 619) y B.5,2 de González Prats (1983: 159).

En Montemolín es rastreable desde los inicios del Período Orientalizante (Fase III/A del s. VII a. C.) hasta el s. V a. C y los niveles del saqueo que sufrió en época ibérica el sector E. del



FIG. 5.—Distribución de los principales yacimientos peninsulares con cerámica gris a torno orientalizante. 1. Medellín; 2. Campoviejo; 3. Castañuelo; 4. Riotinto; 5. Tejada; 6. Aljaraque; 7. S. Pedro; 8. La Esperanza; 9. La Joya; 10. S. Bartolomé; 11. C. de la Cabeza; 12. C. Macareno; 13. Carmona; 14. Los Alcores; 15. Montemolín; 16. Setefilla; 17. Villeta de las Mestas; 18. Los Castellares; 19. Los Quemados; 20. Doña Blanca; 21. Guadalhorce; 22. Toscanos; 23. Mezquitilla; 24. El Peñón; 25. Chorreras; 26. Frigiliana; 27. C. de la Mora; 28. C. Agujetas; 29. Los Infantes; 30. Los Saladares; 31. Crevillente; 32. Las Madrigueras.

T. P., 1992, nº 49

yacimiento. Aparecen pues en la fase de habitación de los «Edificios A» y «D» (no podemos evaluar si la pieza fruto del nivel de saqueo ibérico perteneció al «Edificio B» o «C» de este sector).

La variante E.1, es propia de la Fase IV del poblado, fechado en este caso en la segunda mitad del s. VI a. C.

Platos del *Tipo I.F*: Como sucedió con el Tipo I.B, este plato con acanaladuras parece ser propio de Montemolín, ya que hasta el momento, no lo hemos detectado en el resto de estratigrafías consultadas. Apareció en el tránsito del Orientalizante al Período Protoibérico, en un estrato fechado a mediados del s. VI a. C., perteneciente al «Edificio D».

Tipo II: Como bien dice González Prats (1983: 190), en sus dos variantes muestran los tipos más característicos de la producción cerámica gris en los yacimientos protohistóricos del Sur Peninsular. Son formas que perduran desde las primeras manifestaciones a mano bruñidas del Bronce Final, hasta la derivación de las Cerámicas Grises en un momento tardío, siendo frecuentes en cerámicas comunes o pintadas ibéricas (García et alii, 1989: 223).

Cuencos del *Tipo II.A*: Responden a los tipos 20 A y D de Caro (1986: 734), forma 6 de Roos (1982: 60), 2 de Almagro (1977: Fig. 192), A.1. A de Lorrio (1988-89: 287) y B.4,1 de González Prats (1983: 159), o I y II de Belén (1976: 367) por poner sólo algunos ejemplos tipológicos.

Forma cerámica ampliamente aceptada y difundida tanto en yacimientos coloniales, como en el núcleo tartésico y su hinterland, en ambientes cronológicos de los ss. VII y VI a. C.

En Montemolín, el tipo aparece repartido por toda la estratigrafía del yacimiento, estando presente en niveles de la Fase III/A, de habitación del «Edificio A», y niveles de las Fases III/B y IV («Edificios C» y «D»), es decir, desde un Orientalizante Inicial del s. VII a. C. a una Fase Protoibérica de finales del s. VI a. C., aunque su momento de apogeo en el poblado parece que estuvo en la primera mitad del s. VI a. C.

La variante A.3. de borde biselado se correspondería con la forma 20 E de Caro (1986: 734) y está presente en yacimientos con cronologías entre mediados del s. VII y principios del s. V a. C., como en Carmona (Caro, 1986: 740), de manera semejante a lo que ocurre en Montemolín.

Cuencos del *Tipo II.B*: Semejantes al anterior salvo por el engrosamiento interno característico de sus bordes. Se corresponden con los tipos 20 B de Caro (1986: 734), A.1. C de Lorrio (1988-89: 290) 2a de Roos (1982: 60) o B.4,3 de González Prats (1983: 159).

Podemos avanzar que son formas típicas de los s. VII y VI a. C. en la mayoría de los asentamientos, como en Doña Blanca (Ruiz Mata, 1986: 259), o el Cerro de la Cabeza, Sevilla (Domínguez de la Concha et alii, 1988: 174). En Montemolín tenemos algunos ejemplos del estrato III/A del s. VII a. C., correspondientes a los «Edificios A» y «B», aunque la mayor parte de los fragmentos encontrados corresponden a niveles de la Fase III/B de primera mitad del s. VI a. C., y en menor medida, la Fase IV de la segunda mitad de ese s. VI a. C., aunque perdurarán con la Fase V del yacimiento como pintadas o cerámicas comunes (García et alii, 1989: 221, Fig. 1, IIE).

La variante B.3, semejante a la 20 C de Caro (1986: 734), pertenece a la Fase IV de Montemolín, y fue recogida en la excavación del «Edificio D».

La variante B.4, asimilable al tipo 20 G de Caro (1986: 734) o A.1. D de Lorrio (1988-89: 290), se documenta en la Subfase III/B-IV de Montemolín, de mediados del s. VI a. C.

Cuencos carenados del *Tipo III.A*: Se corresponden con las formas 18 de Caro (1986: 711), B.3. de Lorrio (1988-89: 296) y B.1, B de González Prats (1983: 157).

Los ejemplos de este tipo cerámico suelen aparecer en niveles antiguos de los yacimientos Orientalizantes ya que asimilan una forma muy usual entre sus vajillas de cerámicas bruñidas del Bronce Final.

En Montemolín aparece en las Fases III/B y IV, ambas del s. VI a. C., aunque su variante A.1. la tenemos constatada en un nivel de la Fase III/A del «Edificio B», en el s. VII a. C. Referir que este tipo cerámico, en ejemplares bruñidos, es de los más típicos del yacimiento, y está presente en el período orientalizante del poblado acompañando a las producciones grises a torno (Chaves y de la Bandera, 1988a: 371).

Cuencos carenados del *Tipo III.B*: Se podrían corresponder con los tipos 6, 10 y 15 de Caro (1986:

566, 608 y 667), B.1. de Lorrio (1988-89: 296), B.8 de González Prats (1983: 159) y formas 16 y 17 de Roos (1982: 64). En Montemolín, se dan en niveles correspondientes a la Fase IV, con cronologías de la segunda mitad del s. VI a. C.

Cuencos carenados del *Tipo IV*: No aparecen reflejados en los cuadros tipológicos mencionados, aunque podemos apreciar algunas similitudes con los cuencos del tipo B.2. de Crevillente (González Prats, 1983: 159). En el estrato V del Cerro de la Cabeza (Sevilla), también encontramos cuencos carenados de paredes verticales similares a los de nuestro yacimiento pero en la variedad de cerámica pintada, no gris, y fechados a principios del s. VI a. C. por sus excavadores (Domínguez de la Concha et alii, 1988: Fig 237, 239, 240).

En Montemolín se da como una forma tardía, en niveles de la Fase IV, de la segunda mitad del s. VI a. C., y en los correspondientes al saqueo posterior del sector oriental.

Vasos del *Tipo V A*: Se corresponden con la forma 7 de Caro (1986: 577), 18 de Roos (1982: Fig. 6), las urnas tipo 1A/7C de Lorrio (1988-89: 300) y 11 de González Prats (1983: 161).

Forma que tenemos representada tanto en necrópolis del hinterland tartésico como Medellín, en la Fase I de A. Lorrio (1988-89: 304), como en algunos poblados de la zona tartésica y levantina como el estrato III de Carmona (Carriazo-Raddatz, 1960: Fig. 8).

Estos vasos cerrados, atribuibles tradicionalmente a urnas en el caso de las necrópolis y a ollas en los poblados, están presentes en Montemolín desde sus fases más antiguas como cerámicas a mano, y perduran hasta época ibérica bajo la forma IX de García (1989: 232), decoradas con bandas y líneas de pintura.

Como cerámica gris, tenemos atestiguada su presencia en niveles correspondientes a las Fases III/B y IV del yacimiento, con cronologías centradas en el s. VI a. C. en el sector de habitación del «Edificio D».

Los vasos del *Tipo V.B*: Se pueden corresponder en algunos casos con la forma 4, chardón, de Caro (1986: 542), la 7 A de Lorrio (1988-89: 303), o 10 de González Prats (1983: 161). Al igual que el tipo anterior, esta forma cerámica suele funcionar como urna en las necrópolis tartésicas, y así la vemos en el Túmulo A de Setefilla (Caro, 1986: 545). En el resto de los poblados, aparecen en contextos tanto del s. VII como del VI a. C., como Carmona (Caro, 1986: 551), o el estrato 11 de Los Quemados (Luzón y Ruiz: 1973, Lám. XXXIII).

En Montemolín, se comporta de una forma irregular, muy repartido por la estratigrafía del yacimiento. Lo vemos en la fase de ocupación del «Edificio A» (III/A) y del «Edificio D» (III/B), así como entre los niveles saqueados de época posterior en el sector oriental, sin que podamos atribuirlo con claridad a la fase de habitación del «Edificio B» o «C».

Los vasos del *Tipo V.C*: Podrían pertenecer a la catalogación de urnas tipo «Cruz del Negro», atendiendo a las formas 8 de Caro (1986: 591) o 2/6 de Lorrio (1988-89: 300), como tal tipo de urnas están presentes en necrópolis como Medellín, en su Fase I (Lorrio: 1988-89, 310). En poblados también constatamos su presencia en el estrato III de Carmona (Carriazo-Raddatz, 1960: Fig. 6), así como en Montemolín, donde aparece en niveles de ocupación del «Edificio C» (Fase III/B) y del «Edificio D» (Fase IV), con cronologías de ambas mitades del s. VI a. C.

Vaso del *Tipo VI*: Posible botella con acanaladuras correspondiente a la Fase III/B de primera mitad del s. VI a. C. de Montemolín («Edificio D»). No hemos encontrado ninguna pieza que pueda servirnos de paralelo exacto para nuestro ejemplar. Tenemos constancia en Toscanos de una vasija de paredes decoradas con acanaladuras similares, aunque presenta una orientación distinta a nuestro vaso (Roos, 1982: 60, Forma 4).

Las *Tapaderas*: En Montemolín, los vasos que han sido utilizados para este fin, son propios de los últimos momentos del orientalizante del poblado. Aparecen en estratos de la Fase IV, de segunda mitad del s. VI a. C., y en niveles fruto del saqueo posterior detectado en la Fase V. Sólo un fragmento pudo considerarse como procedente de la Fase III/B, aunque en sus momentos finales, tendentes a la mitad del s. VI a. C.

CONSIDERACIONES

Centrándonos en el yacimiento de Montemolín, y analizando los datos estadísticos que se extraen de su estudio, podemos concluir en la preferencia de los habitantes de este poblado por la adopción de estos nuevos tipos en formas claramente abiertas platos y cuencos (91,9 %), sobre las formas cerradas, preferentemente ollas (8,1 %).

Este gusto por las formas abiertas no es exclusivo de nuestro yacimiento, ya que es una práctica común en la mayoría de asentamientos donde aparecen estas cerámicas (Caro, 1986: 767). En Montemolín, las viejas producciones a mano con impresiones digitales o tratamiento alisado o cepillado que ya estaban presentes desde la Fase II, perviven en las fases orientalizantes del yacimiento para desempeñar las funciones propias de las cerámicas de cocina, por lo que las nuevas formas grises tendrán poco éxito en este sentido (Chaves y de la Bandera, 1984: 146).

Otro tanto podría decirse con respecto a las otras formas fabricadas a mano desde el Bronce Final, las cerámicas bruñidas, que no dejan de estar presentes en los niveles correspondientes a las Fases III y IV del yacimiento, y las cerámicas grises (menores en número), no parecen sustituir a la vajilla bruñida como sucede en otros yacimientos (González Prats, 1983: 272), compartiendo algunos tipos como las formas II y III que coexisten realizadas en ambas técnicas hasta el final de la Fase IV (Chaves y de la Bandera, 1984: Fig. 5.10).

Con todo, parece que el grado de aceptación de estas cerámicas bajo sus formas abiertas fue mucho mayor, al igual que en el resto de yacimientos orientalizantes peninsulares (González Prats, 1983: 190), siendo los cuencos en general (Tipos II, III y IV) los más utilizados en el poblado, alcanzando un 66,9 % frente al 33,1 % de los platos (tipo I), y destacando sobremanera entre los cuencos, el tipo II, hemisférico con un 86,8 %.

Como vemos, son interesantes los datos resultantes, ya que confirman, por un lado, el peso de la tradición indígena en la continuada fabricación y utilización de ciertas formas a mano, que no pierden su vigencia ante los nuevos aportes materiales fruto de los contactos con los nuevos elementos «colonizadores» procedentes de ambientes semitas, y por otro, la preferencia por los cuencos hemisféricos como soportes de estas nuevas cerámicas a torno, imitando en algunos casos formas ya preexistentes con las que conviven en esta nueva fase, que no hacen sino corroborar lo que sucede prácticamente en la mayoría de los yacimientos del área tartésica. Pero más interesantes serán los datos que extraigamos del estudio de estos porcentajes en el desarrollo cronológico del yacimiento.

En Montemolín, la cerámica gris se encuentra fundamentalmente en las Fases III y IV del yacimiento, y pervive, escasamente representada, en los niveles del saqueo posterior en época ibérica, por lo que no rechazamos una posible perduración de algunos tipos dentro ya del s. V a. C., junto al material típicamente ibérico.

El inicio de estas producciones coincide con la aparición y rápido incremento de las formas realizadas a torno, ánforas sobre todo, algunas con decoración figurativa como molinetes pintados (Chaves y de la Bandera, 1984: 150), y en un momento en el que las relaciones con los enclaves de carácter oriental son estables en el entorno de yacimientos tartésicos semejantes a Montemolín.

Atendiendo a las formas más representativas del poblado en su variante gris, los platos y los cuencos (Tipos I y II) están presentes ya desde los primeros momentos de la Fase III/A. Los cuencos hemisféricos (81,8 %) son el tipo más utilizado en este estrato frente a los dos fragmentos (18,2 %) pertenecientes a los platos de este período, que además aparecen en el tránsito a la fase siguiente, ya del s. VI a. C.

Por tanto, el material característico del s. VII a. C. en Montemolín parece corresponderse con una producción de cerámicas masivamente a mano y con el inicio de la aparición (no sabemos hasta el momento si también fabricación) de formas grises que ya existen en sus variantes bruñidas y que, por ello, podrían ser fácilmente aceptadas por sus pobladores.

Habría que señalar también el dato importante de la situación de estas cerámicas dentro de la zona excavada, constatando que salvo dos piezas, el resto fue hallado en los niveles de utilización

del «Edificio A», hecho que como veremos más adelante, se repetirá en las fases siguientes en el «Edificio D», que se le superpone, y que creemos responde a una consideración de privilegio de esta zona frente al resto del yacimiento.

Será la Fase III/B de la primera mitad del s. VI a. C., la que marque el apogeo de estas cerámicas en cuanto a su utilización en el yacimiento. Asistimos a una disminución del porcentaje de los cuencos del tipo II que, aunque más numerosos (34 fragmentos), sólo alcanzan el 57,6 % al ser comparados con los platos, que marcan ahora un 42,4 %.

En cuanto a su distribución espacial, se produce un fenómeno semejante al observado en el período anterior. Solo dos fragmentos fueron hallados en el entorno constructivo del «Edificio C», perteneciendo el resto de ejemplares documentados, a los niveles de ocupación del «Edificio D», tanto en esta Fase III/B, como en la siguiente, IV, donde los porcentajes entre platos y cuencos hemisféricos se reparten de forma igualada con un 50 % para cada uno de ellos.

De la valoración de estos datos, podríamos extraer una serie de consideraciones, o reflexiones, como las siguientes:

— La variante de cerámica denominada como Gris de Occidente, se da en Montemolín en las fases propiamente orientalizantes del yacimiento, en un momento del s. VII a. C., en el que son frecuentes en el resto de los poblados del área tartésica fruto del contacto con los centros semitas instalados en el Sur peninsular.

— Predominio absoluto de las formas abiertas en la cerámica gris (91,9 %), motivado quizás, como ya hemos indicado, por el peso de la tradición en la producción de vasijas de cocina, donde el gusto por los motivos digitados o incisos en cerámicas a mano, pervive hasta épocas muy avanzadas en el poblado, desplazando el uso de estas nuevas técnicas hacia modelos que se copian (aunque no sustituyen) de los productos bruñidos, fundamentalmente bajo la forma de cuencos.

— El Tipo II, cuenco hemisférico, es el más numeroso, y aparece repartido por toda la estratigrafía del yacimiento en sus fases orientalizantes. Si analizamos el comportamiento de este grupo cerámico en el resto de yacimientos donde es frecuente su utilización, apreciamos algunas notas problemáticas: en el área tartésica, en poblados como el Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla), por ejemplo, los platos grises suelen ser los más antiguos y más numerosos, y sólo a finales del s. VII a. C. se verán desplazados por los cuencos, forma que domina en el espectro cerámico gris del s. VI a. C. en los yacimientos del Bajo Guadalquivir (Domínguez de la Concha, 1988: 174).

Por otro lado, ya González Prats (1983: 195) había indicado esta preferencia y la mayor antigüedad de su forma B.5. (plato) en ambientes indígenas, frente a los establecimientos coloniales semitas, donde su tipo B.4. (cuenco) era la forma común en cerámicas grises de los ss. VIII-VI a. C., y en donde los platos, al igual que en nuestro yacimiento, hacían su aparición a finales del s. VII y principios del VI a. C.

Si atendiéramos a esta sugerencia, la problemática de Montemolín nos plantearía una serie de interrogantes de difícil solución por el momento.

Los cuencos grises de Montemolín serían fruto de un contacto más íntimo con los pobladores coloniales, como plantearían también otra serie de elementos como los paralelos del «Edificio B» con plantas fenicias como las de Mezquitilla. De esta forma, el comportamiento similar en cuanto a la distribución de cerámicas grises permitiría, como en el caso de Crevillente, suponer la presencia real de alfareros orientales en el poblado (González Prats y Pina, 1983: 125), hecho tampoco descartado por las excavadoras de Montemolín (Chaves y de la Bandera, 1991: 714).

Sin embargo, cómo podríamos explicar otras circunstancias como la escasa representatividad de otras producciones como las cerámicas de engobe o barniz rojo (que se encuentran en un estudio más detallado en estos momentos), entre las cuales no se dan las típicas formas a las que nos tienen acostumbrados los yacimientos malagueños, como los platos u oinochoes. Acaso serían sustituidas por las pintadas figurativas, que sí cuentan con un volumen y calidad contrastadas, cerámicas que,

T. P., 1992, nº 49

por otro lado, tampoco son características de los enclaves semitas costeros. O habría que atender, como refiere González Prats (1983: 196), al componente griego como factor a tener en cuenta en algunas producciones, como en los platos grises de Guadalhorce, que relaciona con los ejemplares del sur de Francia, aunque canalizados por medio de los fenicios.

De esta forma, podríamos explicar la situación irregular de Montemolín respecto a los poblados vecinos si atenderíamos a la instalación en el yacimiento de elementos alóctonos de procedencia oriental de muy diversa índole, responsables unos de las cerámicas figurativas (Chaves y de la Bandera, 1989, e.p.) y otros de las producciones de carácter semita.

Con todo, nos adentraríamos en una serie de hipótesis, que aunque plantean cuestiones interesantes, necesitarían para su verificación, tanto del aporte de nuevos datos procedentes de las excavaciones de estos poblados orientalizantes del Sur Peninsular, como del análisis de las pastas cerámicas grises de Montemolín, para comprobar la posible filiación oriental de algunos platos como se da en Crevillente (González Prats y Pina, 1983: 121).

Por último, otro dato interesante que resalta al efectuar el estudio espacial de los hallazgos de cerámicas grises en el yacimiento es la importancia que adquiere la zona de ocupación del «Edificio A», que ya presenta muestra de uso en épocas anteriores, y que en las Fases III/B y IV lo será en forma del «Edificio D», ya de planta rectangular. De este área destacada del resto por la singularidad de sus componentes arquitectónicos, y ser el punto más elevado del entorno, procede la mayor parte de la cerámica considerada como gris, así como otros tipos figurados de alta calidad, y de barniz rojo, que permiten considerar a esta zona como área privilegiada de función no muy clara hasta el momento pero que denota un papel predominante en la vida del poblado desde su fundación.

Nuevas excavaciones, así como el estudio de otros componentes materiales del yacimiento, permitirán en su momento corroborar las hipótesis aquí planteadas, así como la vinculación y relación del poblado con el resto de asentamientos que conforman el Complejo Cultural Tartésico del Bajo Guadalquivir.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispana XIV, Madrid.
- ARANEGUI GASCO, C. (1975): «La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio». *Saguntum*, 11: 333-79.
- AUBET, M. E., SERNA, M. R., ESCACENA, J. L. y RUIZ, M. M. (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*. Excavaciones Arqueológicas en España, 122, Madrid.
- BELÉN DEAMOS, M.^a (1976): «Estudio y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva». *Revista De Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXIX, 2: 353-88, Madrid.
- BLANCO, A., LUZÓN, J. M. y RUIZ, D. (1970): «Excavaciones Arqueológicas en El Cerro Salomón (Riotinto, Huelva)». *Anales de la Universidad Hispalense*, 4, Sevilla.
- BLÁZQUEZ, J. M., LUZÓN, J. M. y RUIZ, D. (1971): «La factoría púnica de Aljaraque en la provincia de Huelva». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XIII-XIV: 304-31.
- CARO, A. (1986): *Las cerámicas grises a torno orientalizantes de Andalucía*. Tesis Doctoral (inérita), Cádiz.
- CARRIAZO, J. DE M. y RADDATZ, K. (1960): «Primicias de un corte estratigráfico en Carmona». *Archivo Hispalense*, 103-104: 333-69.
- CHAVES, F. y DE LA BANDERA, M. L. (1981): «La cerámica de boquique aparecida en el yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)». *Habis*, 12: 375-82.
- (1982): «Estela decorada de Montemolín (Marchena, Sevilla)». *Archivo Español de Arqueología*, 55: 137-47.
- (1984): «Avance sobre el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla)». *B.A.R. International Series*, 193, (i): 141-86, Oxford.
- (1988a): «Excavación en el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla), 1985». *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*, II: 369-75, Sevilla.
- (1988b): «Excavaciones Arqueológicas en el Cortijo de Vico». *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*, III: 372-79.
- (1989 e.p.): «Problemática de las cerámicas pintadas orientalizantes y su contexto». *V Coloquio De Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, Colonia.

- (1990): «Informe de la campaña de excavación de 1987: Montemolín (Marchena)». *Anuario Arqueológico de Andalucía 1.987*, II: 317-27, Sevilla.
- (1991): «Aspectos de la Urbanística en Andalucía Occidental en los ss. VII-VI a. C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)». *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, II (Roma, 1987): 691-714, Roma.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C., CABRERA, P. y FERNÁNDEZ, J. (1988): «Cerro de La Cabeza (Santiponce, Sevilla)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30: 119-86, Madrid.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): «Tejada La Vieja. Una Ciudad Protohistórica». *Huelva Arqueológica*, IX, Huelva.
- GARCÍA, E., MORA, M. y FERRER, E. (1989): «Estudios sobre cerámicas ibéricas andaluzas: Montemolín (Marchena, Sevilla)». *Habis*, 20: 217-43.
- GARRIDO ROIZ, J. P. (1970): *Excavaciones en la Necrópolis de La Joya*. Excavaciones Arqueológicas en España, 71, Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio Arqueológico del Poblamiento Antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y PINA, J. A. (1983): «Análisis de las pastas cerámicas de vasos hechos a torno de la fase orientalizante de Peña Negra (675-550/35 a. C.)». *Lucentum* II: 115-46, Alicante.
- LORRIO ALVARADO, A. (1988-89): «Cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz)». *Zephyrus*, LI-LII: 283-314, Salamanca.
- LUZÓN, J. M. y RUIZ MATA, D. (1973): *Las Raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de Los Quemados*. Córdoba.
- PELLICER, M., ESCACENA, J. L. y BENDALA, M. (1983): *El Cerro Macareno*. Excavaciones Arqueológicas en España, 124.
- PÉREZ MACÍAS, A. (1991): *Castañuelo, los orígenes de la Baeturia Céltica*. Cuaderno Temático, Museo de Huelva 1.
- ROOS, A. M.^a (1982): «Acerca de la antigua cerámica gris a torno de la Península Ibérica». *Ampurias*, 44: 43-70, Barcelona.
- RUIZ MATA, D. (1986): «Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)». *Los Fenicios en la Península Ibérica*, I: 241-63, Barcelona.
- SCHUBART, H., NIEMEYER, H. y PELLICER, M. (1969): *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez*. Excavaciones Arqueológicas en España, 66, Madrid.
- VILLARD, F. (1960): *La céramique grecque de Marseille (VI-V siècle)*. *Essai d'histoire économique*. Paris.